

que turbaban sus noches y oscurecian sus dias, mil veces llegó á renegar de su tiempo y mil veces pidió á Dios que le despojase por misericordia de la tiara y de la vida. Mas el monarca necesitaba vivir y no podia tolerar que tanto oro estuviese en manos ajenas y tanto poder en órdenes organizadas fuera del alcance de su autoridad soberana. Quien persiguiera á los judíos para quedarse con sus riquezas; y alejara los clérigos de su consejo para reemplazarlos con los mercaderes; y comprara la ciudad de Anagni con letras sobre los Peruzzis de Florencia para apuñalar en el corazon y escupir en la mejilla cruelmente al Pontificado; y batiera moneda falsa como el último de los criminales; y codiciara oro y mas oro como el mayor de los avaros, no podia dejar en paz aquellos Cresos, los mas ricos de los hombres, poseedores de medio Paris, de inconmensurables tierras en toda la cristiandad, de infinitos tesoros, depositados en innumerables iglesias, tanto mas cuanto que hubiera sido capaz por allegar dinero, no solo de inquirir con la perseverancia de un alquimista los secretos de la piedra filosofal, sino de entregar su alma y su persona al mismo diablo, aunque hubiera de firmarle sobrenatural escritura con su régia sangre capética.

Tan profundo político cual habilísimo economista, Felipe el Hermoso propuso á su pupilo, el Papa Clemente, dos procesos, el proceso de los templarios vivos y el proceso de Bonifacio VIII muerto. Peligroso, dañósimo para el Pontificado prescindir de esa fuerza material que le daban sus órdenes monásticas convertidas en milicias poderosas y armadas; pero mucho mas terrible condenar á un predecesor suyo, legítimamente nombrado, que habia tenido en su persona la autoridad de la Iglesia y que le habia dado la dignidad cardenalicia por cuya virtud llegara él mismo á la alta dignidad del Pontificado. Condenar á los templarios era condenar mucho en verdad de lo esencial á los poderes eclesiásticos, pero mucho sin lo cual aun podia vivir la Iglesia; condenar al jefe de la cristiandad, al vicario de Cristo, al sucesor de Pedro, era tanto como condenar á la Iglesia misma. Así es que el Papa se inclinaba con grande inclinacion á entregar la vida de los templarios, en cambio de que le entregaran á él de igual suerte la memoria de Bonifacio VIII. Despues de todo el Temple se prestaba á la calumnia por su liturgia secreta, por sus iniciaciones misteriosas, por sus ritos nocturnos, por sus ceremonias á puerta

cerrada. Sus doctrinas mismas tenian algo del gnosticismo, de la cábala, de las antiguas ideas pitagóricas. El número tres lo animaba todo en ellas desde el alma hasta el cuerpo, desde Dios hasta el Universo, desde la razon pura hasta la impura vida. No podian huir si les atacaban tres enemigos, ni adorar la cruz sino tres veces solemnemente al año, ni comer carne sino tres dias de la semana, ni comulgar sino tres veces en las pascuas, ni flagelarse sino con tres azotazos. Así era fácil admitir todas las calumnias relativas á sus dogmas y á sus creencias. En cuanto á su política, mil veces en su larga historia y en su prolongadísima existencia se habia vuelto contra la cristiandad misma. Guerrearon con los reyes de Chipre y con los señores de Antioquía; depusieron al pobre Enrique II de Jerusalem; talaron las risueñas orillas del Bósforo y los sacros campos de la Grecia; pusieron de acuerdo con el Viejo de la Montaña que era como el alma del mahometismo; llegaron en su furor hasta manchar con sangre el Santo Sepulcro y reñir con sus hermanos los hospitalarios en las calles mismas de Jerusalem; negaron su oro al rescate de San Luis, se pusieron de parte de la casa de Aragon contra la casa de Anjou, llegaron á contar diez mil quinientos castillos feudales y á tener solo en Paris ciento cincuenta mil florines en oro y cargas innumerables de plata, relajándose tanto su fe que se confundian hasta en su traje y hasta en sus costumbres con los mismos infieles á quienes combatian con sus armas. De consiguiente la tentacion no podia ser mayor para el rey Felipe el Hermoso. Además, los templarios le habian protegido siempre y los reyes no acostumbran á perdonar á ninguno de aquellos á quienes deben agradecimiento. Luego el confesor de Felipe el Hermoso era un dominicano y los dominicanos habian concebido horrible rabia contra los templarios por no haber prosperado mucho una órden militar suya que se llamaba la órden de los gaudentes. Además los templarios decian de sí mismos cosas bien extrañas, como que tenian algo de tal suerte secreto, que si el rey mismo de Francia lo supiera, al rey mismo de Francia le mataran. A medida que Felipe el Hermoso les preparaba con mayor seguridad la muerte, les hacia tambien mayores distinciones. Al gran maestre le nombró padrino de su hija; y el 12 de octubre le colocó en puesto de la mayor distincion al verificarse el entierro de una princesa de Francia, cuando acababa de fir-

mar la orden de su prision verificada en 13 de octubre. La emocion fué inmensa al saberse la nueva de que el rey habia puesto su mano en la orden poderosa de los templarios. Diputaciones de todas las parroquias de Paris corrieron al jardin del rey sito en el lugar que se llamaba por excelencia la Ciudad; monjes de todas las órdenes predicaron con verdadera exaltacion. Una carta del rey se esparció, en la cual se decia que aquellos hombres habian sobrepujado la bestialidad de las bestias y que, prostituidos como mujercillas, habian osado escupir hasta el mismo crucifijo de nuestro Redentor. El Papa, informado de los propósitos del rey, no estaba sin embargo advertido del momento en que debia ponerlos por obra. Y no tuvo noticia de la prision de los templarios hasta despues de verificada. Indignése de que desconocieran así su autoridad y suspendió á todos los jueces que debian entender en el asunto. Para desarmarle el rey le escribió una carta entre amenazadora y suplicante, y le envió algunos templarios presos, como trofeos y testimonios de su autoridad irrisoria. Mientras tanto, por medio del inquisidor y por medio del potro, atormentando las almas con las inquisiciones sacerdotales y atormentando los cuerpos con las tenazas ardientes, hacian declarar á las infelices víctimas todo cuanto les aconsejaba el deseo. Veintiseis príncipes de sangre régia y señores casi monarcas se constituyeron en fiscales. El rey no se daba punto de reposo para impulsar el proceso y el Papa á su vez no se lo daba para encontrar algunas trazas y medios con que detenerlo. Mil veces pensó este en huir, y hubiéralo hecho, á no necesitar de un ejército que le acompañase tanto para asegurar su persona como para salvar sus riquezas. Así llegó á una inteligencia y consintió en que se formara una comision para entender en el proceso. El Papa que desde hacia mucho tiempo habitaba Poitiers, se fué á Avignon, para estar mas léjos de Felipe. Conociendo este su afan por hallarse alejado de su influencia, resucitó el proceso de Bonifacio é hizo venir muchos testigos de cargo contra la memoria del Papa. Estos testigos fueron asaltados en el camino, y víctimas de una emboscada indudablemente urdida por los amigos del Papa. El rey se indignó, y se propuso acelerar el proceso y conseguir con las demandas relativas á la condenacion de la memoria de Bonifacio la realidad de la abolicion de los templarios. Clemente V, débil de suyo, cambió un proceso

por otro proceso, entregó sus monjes y sus milicias para que le dejaran libre la memoria de su antecesor y expedita una condenacion irrisoria contra Nogaret por su rebeldía de Anagni, el cual despues de haber porfiado tanto, recibió por toda condena la imposicion de un viaje á Tierra Santa, que nunca verificó, por haber ofrecido dejar heredero de sus riquezas á su mismo juez, al complaciente y debilísimo pontífice.

El proceso duró años y años. Las torturas de los procesados no tuvieron número. Humberto Dupuy fué tres veces descoyuntado en un potro y retenido treinta y seis semanas seguidas en el fondo de un calabozo infecto: al caballero Devado le abrasaron los piés y en pleno tribunal enseñaba la carne desprendida de los huesos. Impopulares al principio de este proceso, resultaron popularísimos al fin, á causa de su martirio. No pueden contarse las dilaciones que se oponian, los procedimientos que se inventaban, los tribunales diversos que iban saliendo por todas partes, los conflictos de jurisdiccion, los interrogatorios infames, los tormentos increíbles, las luchas con todas las cortes de Europa, las maldades cometidas, las mentiras acreditadas, el horror de toda esta causa, la cual heria el crédito del envejecido pontificado y la autoridad de la naciente monarquía. Por fin la orden de los templarios fué abolida, y con su abolicion recibió otro quebranto mas la autoridad de los Pontífices.

Desde fines del siglo décimotercio, aparece con toda su fuerza una de esas incontrastables corrientes sociales, que desconocidas en su origen, arrastran en su impulso todos los hechos, como arrastra el rio las gotas de agua que lo forman. Esta corriente iba derecha, sin que fuerza alguna pudiera detenerla, hácia la secularizacion del poder civil, entonces organizado en las formas monárquicas. Los reyes, pues, se hallaban condenados á combatir, si habian de realizar su ministerio histórico, á dos poderes, uno que estaba sobre ellos, el Pontificado, y otro que estaba bajo ellos, el Feudalismo. El instinto de conservacion, esa inteligencia inspirada é intuitiva, con que nacen, á manera de los séres orgánicos en la naturaleza, las entidades históricas en la sociedad, aconsejó á los reyes no intentar nada contra la aristocracia militar hasta no haber roto por completo la tutela teocrática. El movimiento se generaliza desde fines del siglo décimotercio, y llega, sin detenerse, á la re-

volucion del siglo décimosexto. El primer reino, que lo determina, es el heróico reino de Aragon. Pedro III recoge el guantelete de Coradino, mantiene su desafío, jura su venganza; y para cumplir todos estos fines que lo condenan á lucha mortal con la Iglesia, une la franqueza de un aragonés con la astucia de un italiano, la claridad de un rey circuido por córtes que lo celan con el misterio de un conspirador obligado por sus propios deberes á extrañas artes; y obtiene del Papa bendiciones en la obra ideada contra el Papa mismo, y obtiene de los diputados recursos para una conquista africana cuando va desalado á una revolucion popular, y zarpa de Cataluña para Africa, tornándose luego á Sicilia, donde llega con sus almogávares que han asistido á las épicas batallas de veinte años antes, y que han afilado su hierro en las piedras teñidas de sangre mora; y con solo presentarse, gana las batallas de Messina, Nicotera y Catania, depone al usurpador protegido por la Santa Sede, recaba para sí aquella hermosa porcion del mundo, redimida por su valor y por su genio: hazañas que le traen una excomunion, de la cual se burla, un eclesiástico entredicho que desoye el mismo clero y desprecia la misma Iglesia aragonesa, una entrega del reino á los franceses, los cuales al venir á tomarlo presididos por el legado pontificio y por la bandera papal, saben con asombro que los santos de Gerona hacen milagros á favor de los excomulgados y que las gentes de Cataluña y Aragon coronan las alturas para defender monarca y monarquía contra todas las excomuniones, contra todos los entredichos, contra todas las cruzadas, contra todos los Papas, con aquel heróico valor que arrojara á los infieles y que produjera con sus inmortales esfuerzos la libertad y la patria. En esta lucha representó Aragon el partido gibelino, el partido imperial, y representó Francia el partido güelfo, el partido pontificio. Y esta Francia tan papista, en el reinado de Felipe el Hermoso, de este nieto de Luis el Santo, no solo desacata al Pontificado en la persona de Bonifacio VIII, sino que lo sujeta y lo cautiva en la persona de Clemente V. ¿Y qué habian de hacer los demás reinos si Francia se levantaba de esa suerte? Por todas partes tiende el jurisconsulto á sobreponerse al canonista, el filósofo al teólogo, el místico al escolástico, el trovador satírico al trovador religioso, las córtes á los concilios, el fisco á los bienes eclesiásticos, el rey al Papa. Y no son solamente los rebeldes los reyes; secúndanles

en su rebeldía los pueblos. Eduardo IV desarrolla las libertades parlamentarias en Inglaterra muy á costa del poder eclesiástico, pero muy secundado por toda la nacion y por sus gloriosos y antiguos representantes. Los electores germánicos, sentados en sus sillas de piedra, resuelven arrancar el Imperio cuanto puedan á las manos del Papa, mísero cautivo de un rey de Francia, y que por lo mismo no puede tener autoridad sobre aquella alta institucion, que posee facultades religiosas propias, y que ostenta engarzadas en su corona reliquias sacratísimas, y que lleva la espada sobre la cual gira el mundo cristiano, y que bautiza como el profeta del Jordan pueblos y pueblos del Norte así los esclavones como los escandínavos, y que mantiene unidas la Italia y la Alemania para dar su doble carácter latino y germánico al espíritu moderno, y que no puede desaparecer sin que desaparezca el centro de la autoridad civil ni entregarse á los Papas sin faltar á su destino histórico, sobre todo desde aquel funesto dia en que los Papas se entregaron á la tutela del descendiente ambicioso y avaro de los tristes y oscurísimos Capetos. Así, guiados por estas grandes consideraciones, los electores imperiales dicen este apotegma: que el Imperio tiene por sí mismo, como el Pontificado, autoridad religiosa; y toman esta resolucion, que el Emperador de Alemania no necesite para llamarse rey de romanos recibir de Roma la diadema imperial.

Y en efecto, nada tan triste como este cautiverio de Avignon. Un rey de Francia lo ha concebido por codicia, Felipe el Hermoso. Un Papa francés lo ha comenzado por servilismo, Clemente V. Y una reina de Nápoles ha puesto á disposicion del Papa ese feudo, como en otro tiempo puso á disposicion del Papa la condesa Matilde sus tierras de Toscana y el rey Pipino las tierras del patrimonio de San Pedro. Nada tan propenso á las corrupciones como la humillacion y el rebajamiento. Quien empieza por perder la estima de sí mismo concluye por encenagarse en todos los placeres y en todos los vicios. Humillados los Papas de Avignon á sus propios ojos, recludos en aquella vergonzosa cárcel, cautivos de los reyes de Francia, alejados de la sublime Roma que tanta grandeza da á la inteligencia y al ánimo, reconvenidos á la continua por el remordimiento de sus conciencias que les presentaban de relieve su humillacion, desplomáronse en todos los vicios eclesiásticos, en la simonía, en el nepotismo, hasta en la heterodoxia. Así la historia del cautiverio de